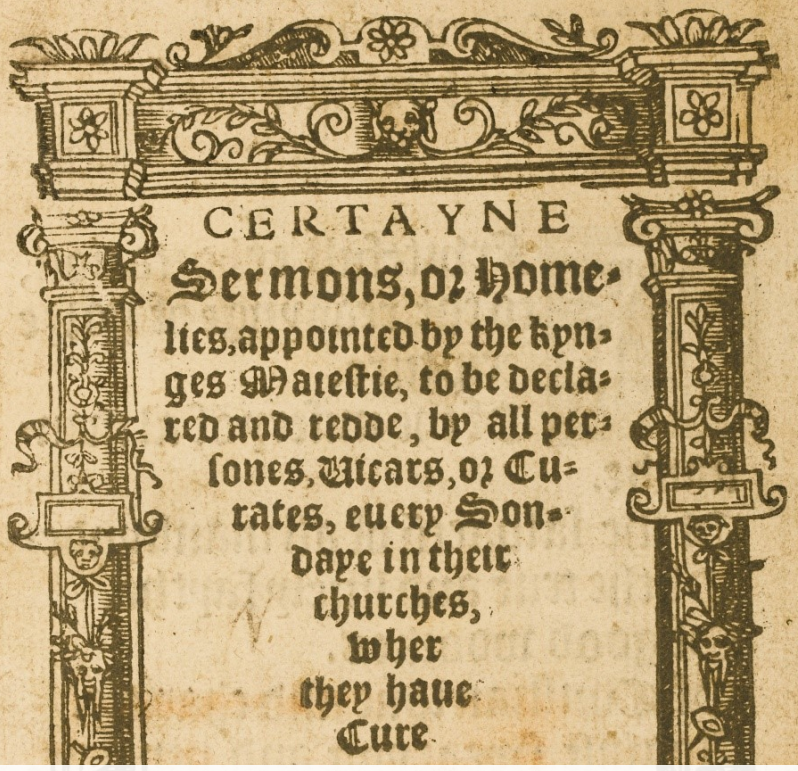

Una Fructífera Exhortación a la Lectura y Conocimiento de la Santa Escritura.

Homilía de

Thomas Cranmer

Portada: Página de título del Primer Libro de las Homilías. Publicado por Richard Grafton en 1549, esta es la primera edición de las Homilías que las divide en secciones para facilitar su lectura pública.

En el extremo inferior derecho encontramos el nombre de su propietario, George Hutcheon (fechado en 1684).

En 2014, este libro junto a una edición del Segundo Libro de las Homilías fue vendido por la Casa Sotheby's en 4.750 libras esterlinas

INTRODUCCIÓN

Esta, la primera homilía, fue compuesta por el arzobispo Thomas Cranmer y es muy parecida a su prefacio para la Gran Biblia, que en 1540 fue añadido a la segunda edición de la Biblia.

Nos da una buena idea de cómo Cranmer entendió el lugar de la Escritura en la vida de la iglesia y cómo quería que las personas la usaran.

Nos entrega el contexto en el que fueron formulados los Artículos 6 y 7 de los Treinta y Nueve Artículos y (junto al Prefacio de Cranmer ya mencionado) es la exposición más extensa de la doctrina de la Escritura que se pueda encontrar en cualquier documento oficial anglicano de la era de la reforma.

Esta introducción está tomada de Bray, Gerald. 'A Fruitful Exhortation: A Guide to the Homilies'. London: Latimer Trust, 2014, página 7

©Samuel Morrison 2017, smorrison@iach.cl

y conozcamos estas reglas santas, instrucciones, y estatutos de nuestra religión cristiana, y sobre la cual hemos hecho profesión a Dios en nuestro bautismo. Con temor y reverencia depositemos en el cofre de los tesoros de nuestros corazones estas lecciones necesarias y fructíferas. Día y noche reflexionemos y meditemos y contemplémoslas. Rumiemos y mastiquemos este alimento, para que podamos tener el dulce jugo, ese efecto espiritual, la médula, la semilla, y así gustar el consuelo y el alivio de ellas.

Oremos a Dios, el único autor de estos estudios celestiales, para que podamos hablar, pensar, creer, vivir y morir según la sana doctrina y verdad de ellos. Y por estos medios en este mundo tendremos la defensa, favor, y gracia de Dios, con el inefable solaz de la paz y quietud de conciencia, y después de esta vida miserable disfrutaremos la felicidad sin fin y gloria del cielo, qué es otorgada a todos por aquél que murió, Jesucristo, a quien con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor y gloria ahora y para siempre. Amén.

Una fructífera exhortación a la lectura y conocimiento de la Santa Escritura.

Para un cristiano, nada es al mismo tiempo más necesario o más beneficioso que el conocimiento de la Santa Escritura, porque ella es palabra verdadera de Dios, estableciendo al mismo tiempo su gloria y también el deber del hombre. Toda verdad y doctrina necesaria para nuestra justificación y salvación eterna puede ser extraída de aquella fuente y pozo de verdad. Por lo tanto, todos los que desean acercarse de la manera correcta y perfecta a Dios deben dedicar sus mentes al conocimiento de la santa Escritura. Sin ella no pueden conocer adecuadamente a Dios y su voluntad, y tampoco pueden conocer sus tareas y deberes. Así como la bebida es placentera para el sediento y el alimento lo es para el hambriento, así lo es leer, oír, escudriñar y estudiar la santa Escritura para aquellos que desean conocer a Dios y hacer su voluntad, o conocerse a sí mismos. Por el contrario, aquellos que desprecian el conocimiento celestial y el alimento espiritual de la palabra de Dios se muestran a sí mismos tan hundidos en banalidades mundanas que no pueden disfrutar a Dios o la santidad. Es precisamente por esta razón que ellos desean vanidades en vez del verdadero conocimiento de Dios. Las personas que están enfermas de malaria, encuentran que cualquier cosa que coman o beban, no importa cuán buena pueda ser, sabe tan amargo como el ajenjo, no porque la comida

sea amarga, sino que por su enfermedad causa una disposición corrupta y amarga en sus lenguas. De la misma forma la dulzura de la palabra de Dios se amarga, no en sí misma, sino solo para aquellos que tienen corrompidas sus mentes por un largo acostumbramiento al pecado y al amor a este mundo.

Por lo tanto, abandonando el juicio corrupto de hombres carnales que sólo se preocupan de lo suyo propio, escuchemos y leamos reverentemente la santa Escritura, que es el alimento para el alma. Busquemos diligentemente por la fuente de la vida en los libros del Nuevo y Antiguo Testamento y no corramos hacia los charcos malolientes de las tradiciones humanas, ideados por la imaginación del hombre, para nuestra justificación y salvación. Porque en la santa Escritura está completamente contenido lo que debemos hacer y lo que hay que evitar, lo que hay que creer, lo que hay que amar y lo que podemos esperar de la mano de Dios. En aquellos libros encontraremos al Padre de quien, el Hijo por quien y el Espíritu Santo en quien todas las cosas tienen su sentido y sostén; y que estas tres Personas son un solo Dios y una substancia. En estos libros también podemos aprender a conocernos a nosotros mismos, cuan viles y miserables somos y también podemos conocer cómo es Dios y cómo él nos hace a nosotros y a todas las creaturas partícipes de su bondad. También podemos aprender en estos a conocer la voluntad de Dios y lo que le agrada, lo que es adecuado para nosotros conocer en este momen-

En cuanto a aquellas cosas en la Escritura que son claras de entender y necesarias para la salvación, es el deber de todo hombre aprenderlas, grabarlas en su mente y efectivamente ejercitarlas. En cuanto a los misterios profundos, el deber de cada hombre es contentarse con su ignorancia sobre ellos hasta que le plazca a Dios abrir aquellas cosas a él. Mientras tanto, si adolece ya sea de la capacidad o la oportunidad de aprender estos temas difíciles, Dios no lo considerará necio. Y aquellos que pueden aprender no deben abandonar la lectura, simplemente porque otros no pueden. Sin embargo, la lectura de las Escrituras no debe ser dejada de lado simplemente porque algunos pasajes son difíciles. Tal como dice san Agustín, por medio de la Escritura, todos los hombres son corregidos, los débiles son fortalecidos, y los fuertes son consolados. Así, aquellos que son enemigos de la lectura de la palabra de Dios son, ya sea tan ignorantes que no conocen cuan saludable es, o tan enfermos que odian la medicina misma que los puede sanar, o tan impíos que desean que todas las gentes continúen en ceguera e ignorancia de Dios.

Así hemos tocado brevemente algunas partes de los productos de la santa palabra de Dios, que es uno de los mayores y principales beneficios dados y declarados a la humanidad aquí en la tierra. Demos gracias a Dios de todo corazón por este gran y especial regalo, buen favor y providencia paterna. Tengamos el gozo de despertar este precioso don de nuestro Padre celestial. Escuchemos, leamos

que entrega su mente a la santa Escritura con diligente estudio y un deseo ferviente no quedará sin ayuda. Porque ya sea Dios mismo enviará un doctor piadoso para enseñarle, tal como envió al apóstol Felipe para instruir a Eunuco, un noble de Etiopía tesorero de la reina Candace, quien tenía un gran deseo de leer la Escritura, pero no la comprendía; o también, si no tenemos un hombre sabio que nos instruya, también Dios mismo desde lo alto iluminará nuestras mentes y nos enseñará aquellas cosas que son necesarias para nosotros y de las que somos ignorantes.

Crisóstomo también dice que la sabiduría o ciencia humana y mundana de un hombre no es lo que se necesita para comprender la Escritura, sino que la revelación del Espíritu Santo, que inspira el significado verdadero a aquellos que los buscan con diligencia y humildad. Aquel que pide recibe, y el que busca halla, y el que golpea a la puerta verá cómo esta se abre. Si leemos una, dos, tres veces y no entendemos, no cesemos, sino que continuemos leyendo, orando, pidiendo a otros; y así, por continuar golpeando a la puerta, esta finalmente se abrirá, tal como san Agustín dice. Si bien muchas cosas en la Escritura son dichas en misterios profundos, nada que es oscuro en un lugar no es dicho en otros lugares de una forma más familiar y clara para que sea entendida por el erudito y el que no lo es.

to. Y, como san Crisóstomo el gran siervo y piadoso predicador dice, “Todo lo que se requiere para la salvación del hombre está totalmente contenido en la Escritura de Dios. El que es ignorante puede allí aprender y adquirir conocimiento. El que es duro de corazón y un pecador obstinado encontrará allí tormentos eternos preparados por la justicia de Dios, para llenarlo de temor, y ablandarlo. El que en este mundo está oprimido por la miseria encontrará socorro en las promesas de vida eterna, para su gran consolación y alivio. El que está herido por el diablo encontrará allí medicina, gracias a la cual puede ser restaurado de nuevo a la salud”. “Si hay necesidad de enseñar cualquier verdad, o reconvenir falsa doctrina, o reprender algún vicio, elogiar alguna virtud, o entregar buen consejo, consolar, o exhortar, o hacer cualquier otra cosa que sea necesaria para nuestra salvación; todas estas cosas”, dice san Crisóstomo, “podemos aprenderlas plenamente de la Escritura.” De igual modo, “Hay”, dice Fulgencio, “suficiente abundancia para que tanto los hombres coman y los niños beban. Hay cualquier cosa que es necesaria para todas las edades y para todos los grados y clases de hombres.”

Es por esto que estos libros debieran estar en nuestras manos, en nuestros ojos, en nuestros oídos, en nuestras bocas, pero por sobre todo en nuestros corazones. Porque la Escritura de Dios es carne celestial para nuestras almas, escucharla y obedecerla nos hace bendecidos, nos santifica, y nos hace santos. Convierte nuestras almas. Es

una lámpara a nuestros pies. Es un instrumento de salvación seguro, confiable y eterno. Entrega sabiduría al manso y humilde. Nos consuela, alegra y hace felices, y fortalece nuestras conciencias. Es una joya o un tesoro más excelente que cualquier oro o piedra preciosa. Es más dulce que la miel o el panal. Es llamada la mejor parte, la que escogió María, porque contiene un consuelo eterno. Las palabras de la santa Escritura pueden ser llamadas palabras de vida eterna, porque ellas son el instrumento de Dios, creadas con este propósito. Ellas tienen el poder de entregar la promesa de Dios y de ser eficaces con la ayuda de Dios, y siendo recibidas con un corazón agradecido, siempre tienen la capacidad de realizar un trabajo espiritual celestial. Ellas son vivas, reales y poderosas en su operación, y más agudas que una espada de dos filos, penetrando hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta la médula de los huesos. Cristo llamó sabio al que construyó sobre su palabra, sobre su fundamento seguro y sólido. Seremos juzgados por esta palabra de Dios, porque las palabras que yo hablo, dijo Cristo, los juzgarán en el día final. A aquel que guarda la palabra de Cristo se le promete el amor y el favor de Dios, y que será la morada o templo de la bendita Trinidad. Cualquiera que es diligente en leer esta palabra y gravar en su corazón lo que haya leído, disminuirá en él el gran afecto por las cosas transitorias de este mundo e incrementará en él el gran deseo de las cosas celestiales, que aquí son prometidas por Dios. Y no hay nada que au-

lo que claramente comprendes de ella. Porque, como dice san Agustín, el conocimiento de la santa Escritura es un palacio grande, enorme, y exaltado, pero la puerta es muy baja; de tal forma que el arrogante y orgulloso no puede atravesarla, sino que debe inclinarse y humillarse si va a entrar por ella. La arrogancia presuntuosa es la madre de todo error; la humildad no debe temer equivocarse. Porque la humildad sólo buscará conocer la verdad, leerá un pasaje y lo juntará con otro; y, cuando no pueda encontrar el sentido, orará, pedirá a otros que puedan saber, y no define presuntuosa e impetuosamente nada que no conozca. Por lo tanto, el humilde puede investigar confiadamente cualquier verdad sin peligro de equivocarse. Y, si es ignorante, debiera leer y buscar más en la santa Escritura, para salir de la ignorancia. El hombre puede prosperar escuchando la palabra de Dios, pero prosperará aún más si lee y escucha.

En cuanto a la segunda excusa, la dificultad de comprender la Escritura, aquel que es tan débil que es incapaz de comer carne todavía puede consumir la dulce y tierna leche, y dejar el resto hasta que sea más fuerte y tenga más conocimiento. Porque Dios recibe al sabio y al ignorante, y a nadie rechaza, sino que es imparcial con todos. Y la Escritura contiene suficientes valles bajos, caminos simples y senderos sencillos para que cada hombre pueda caminar en ellos, al mismo tiempo que altas montañas que pocos pueden escalar. San Crisóstomo dice que todo el

En cuanto a la primera excusa, la ignorancia de la palabra de Dios es realmente lo que causa tal error, tal como Cristo mismo dijo a los saduceos, diciendo que erraban porque no conocían la Escritura. ¿Cómo, entonces, evitarán el error aquellos que escogen la ignorancia? ¿Y cómo saldrán de la ignorancia si no leen ni escuchan aquella misma cosa que les dará conocimiento? Aquél que hoy tiene el mayor conocimiento era ignorante al principio: pero esto no le impidió leer por miedo a caer en error; sino que diligentemente leyó, para así no permanecer en ignorancia y, por medio de la ignorancia, en error. Y si ustedes rehúsan conocer la verdad de Dios (algo absolutamente necesario para ustedes), porque pueden caer en error, por el mismo razonamiento entonces nunca deben salir de su casa, porque al hacerlo pueden caer en el fango. De igual modo, no pueden comer carne porque pueden comer demasiado; ni tampoco sembrarán su maíz, ni se ocuparán de sus labores, ni usarán sus productos, por temor a perder lo que siembran, su trabajo, lo almacenado. Por esta línea de razonamiento, lo mejor para tu vida sería permanecer ocioso y nunca hacer algo bueno por temor a que pase algo malo. Pero si todavía tienes miedo de caer en error por leer la Escritura, te digo que puedes leerla sin temor a peligro o error. Léela humildemente con un corazón manso y modesto y con el propósito de glorificar a Dios y no a ti mismo por el conocimiento de ella. Diariamente pídele a Dios para que él dirija tu lectura a buen efecto; y no trates de explicar más allá de

mente más nuestra fe y confianza en Dios, que mantenga la inocencia y la pureza del corazón, y también exteriormente una vida y conversación piadosa, que la continua lectura y memorización de la palabra de Dios. Porque, por la continua lectura de la santa Escritura y la diligente búsqueda de la misma, aquello que está impreso profundamente y gravado en el corazón de tal modo que se transforma en algo casi natural. Aún más, el efecto y la virtud de la palabra de Dios es iluminar al ignorante, y dar más luz a aquellos que fiel y diligentemente la leen, consolar sus corazones y animarles a realizar aquello que es mandado por Dios. Enseña paciencia en toda adversidad, humildad en la promesa, qué honor se le debe a Dios, qué misericordia y caridad a nuestro prójimo.

Entrega buen consejo en toda situación dudosa. Muestra a quién debemos acudir por auxilio y ayuda en todos los peligros, y que Dios es el único dador de la victoria en todas las batallas y tentaciones de nuestros enemigos, ya sea físicos y espirituales. Y al leer la palabra de Dios el que más se beneficia es aquel que más se vuelca a él, que está más inspirado por el Espíritu Santo, quien es más transformado y cambiado en su corazón y en su vida por aquello que lee y no aquel que acude al libro, o aquel que es capaz de repetir lo que éste dice, pero no lo practica. Aquel que día a día es menos orgulloso, menos pendenciero, menos codicioso, y menos deseoso de placeres munda-

nos y vanos; aquel que, olvidando su antigua vida viciosa, aumenta en virtud más y más. Y, para ser breve, no hay nadie que mantenga más la santidad de la mente y aleje la impiedad, que aquel que la lee continuamente o escucha la palabra de Dios, si es que va unida a una mente piadosa y un sincero deseo de conocer y seguir la voluntad de Dios. Porque sin una firme decisión, un deseo puro, y una buena mente, nada será para bien ante Dios. Y, por el otro lado, nada oscurece más a Cristo y la gloria de Dios, ni trae más ceguera y toda clase de vicios, como lo hace la ignorancia de la palabra de Dios.

LA SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN SOBRE LA SANTA ESCRITURA

En la primera parte de este sermón, que exhorta al conocimiento de la santa Escritura, se declaró por qué el conocimiento de la misma es necesario y beneficioso para todos los hombres, y que por el verdadero conocimiento y comprensión de la Escritura son también conocidos los puntos más necesarios de nuestro deber hacia Dios y nuestro prójimo. Ahora en relación al mismo tema ustedes escucharán lo siguiente.

Si confesamos a Cristo, ¿por qué no avergonzarnos de ignorar su doctrina, viendo que todo hombre se avergüenza de ser ignorante en aquello que profesa? El hombre que no lee los libros de filosofía, se avergüenza de ser llamado un filósofo; y de ser llamado un abogado, un astrónomo y un doctor, sin conocer los libros de leyes, astronomía y medicina. ¿Cómo puede un hombre decir que cree en Cristo y su religión, si no se dedica, en la medida de sus fuerzas, a leer y escuchar, y así conocer, los libros del evangelio de Cristo y su doctrina? Si bien otras ciencias son buenas y deben ser estudiadas, ningún hombre puede negar que ésta es la mayor y sobrepasa a todas las demás en forma incomparable. ¿Qué excusa tendremos por lo tanto en el día último ante Cristo, si nos deleita leer o escuchar las fantasías e invenciones de los hombres más que su muy santo evangelio; y que preferimos leer otras cosas y no aquello que debiéramos leer en vez de dejar de leer todas las otras cosas? Por lo tanto, todos los que profesamos a Dios y tenemos fe y confianza en él, concentrémonos de aquí en adelante, en la medida de nuestro tiempo y energía, en la diligente escucha y lectura de su palabra.

Pero aquellos que no demuestran afección por la palabra de Dios comúnmente dan una o dos excusas vacías. Algunos se excusan a sí mismos por su propia fragilidad y temor, diciendo que no osan leer la santa Escritura para que su ignorancia no los conduzca a algún error. Otros pretenden que las dificultades para comprenderla son tan grandes que sólo es aconsejable que las lean los clérigos y los eruditos.